
Alberto Blanco

LA FIEBRE DEL ORO EN PIETER BRUEGEL

I

Laberinto de paja, cruel verano,
salen de Tu morada hacia su mundo,
salen de trabajar y van al oro
de la cerveza ardiente y el descanso.

Pan les sobra, mas viven preocupados,
y es el haz o la joya de la nuca
de los hombres segados por su ira
y de espigas cegadas por Tu luz.

Pagan la sal y ordenan sus ciudades,
acumulan el vino del engaño...
un suave remolino de cordura
y un hartazgo de vanas pesadillas.

Tú comenzaste esta labor un día
y dejaste a las criaturas el encargo
de sembrar a sus muertos en la tierra,
de dormir y comer y enamorarse.

II

¡Cómo cuesta trabajo este trabajo!
¡Cómo suda la tierra gotas de oro!
Fiestas para la fiebre del pintor
que cumple con su encargo puntualmente.

Tú le diste la mano y él te alaba
por la naturaleza que cultiva:
victorias del otoño que son soles,
que son ojos orientados hacia el mundo.

Debajo de aquel árbol prometido...
mientras reposan hoces y guadañas,
mientras dura la miel de la cosecha
y el mes de agosto pesa en la conciencia.

Ve en las nubes un campo de promesas,
animales y restos de plegarias...
pajarillos que encuentran su alimento
sin sembrar, sin querer, casi sin hambre.

III

Sólo el hombre se cansa de ser él,
de ser siempre el que no será del todo,
el que cuenta los años y las horas,
el que cobra un jornal por su trabajo.

Su locura levanta las ciudades
y horizontes sin brizna de constancia,
mientras crece la estrella del follaje
y alguien dice: *tenemos poco tiempo.*

“Hay que beber, dudar, hay que enojarse,
dominar y morir en el dominio...
maldecir a los dioses de tal modo
que los cielos recuerden las razones.”

Sin quererlo también hacen su parte,
persiguen alimento... ya se ha dicho:
no te afanes, pues todo ha sido dado
mientras alguien Te busca en toda forma.